



Blanco y Negro Cultural / 28-2-2004



Detalle de la instalación de Alicia Martín

Alicia Martín

Alicia Martín. Dislexia

Galería Lluçà Homs. Barcelona. C/ Consell de Cent, 315
Hasta el 16 de marzo

CREO que ya estamos instalados en ello; quiero decir, en un nuevo tipo de sensibilidad que determinados condicionantes del mercado están decididos a imponer. No creo que se sepa muy bien hacia dónde vamos; no porque no sepamos de dónde venimos, eso sí: de un tiempo en el que se ha descubierto que la sensibilidad perceptiva ha de ser libre, puesto que, de no ser así, uno se da cuenta con el tiempo de que todo lo que le condicionó en su «estar metido dentro» no respondía más que a consejos dados por viejos que ya no están aquí o que, en todo caso, nunca supieron que una tecnología nos proporcionaría otra forma de sentirnos presentes.

Quizá sea por ahí por donde tengamos que entrar en la «escenografía» que nos ha preparado Alicia Martín (Madrid, 1964), después de pasar por las pequeñas experiencias del grabado y el video. Se comprende que, si uno se siente artista, tenga necesidad, a pesar de todos estos procedimientos y tecnologías, de volver a lo manual, a lo táctil y a lo visivo. Es lo que ha hecho A. Martín. Y lo ha iniciado construyendo, por el procedimiento invertido, una pirámide; o tal vez la pirámide no es tal, sino una lluvia de algo que a la humanidad actual o, en todo caso, a ella, le está perturbando demasiado: la gran, la infinita cantidad de información que nos debe constituir. Dicho de otra manera: que para ser culto, en nuestra sociedad, aún se entiende que se tiene que ser o leído o informado (que sería la cultura *light*) y que tanta información ha acabado no sólo desinformando y desculturalizando, sino que ha generado repulsa e incluso odio a la cultura y a la información. Súbitamente me he acordado de que en los sesenta se estaba «en el camino», que quería decir que se avanzaba, pero ahora la pirámide o lluvia de Martín nos deja plantados ante su materialidad presencial, y sólo un ojo negligente va leyendo lomos o portadas y si no atraen, se pasa de largo, y basta. Porque lo que es más curioso es que no se trata de una parada de libros de viejo que puedas comprar, porque lo que tienes delante es una escultura, un ambiente o una instalación (que, por cierto, la galería ha sabido destacar mediante una intensidad de luz inusitada). Aunque después de decir esto pienso que, también, podría tratarse de un ensamblaje a la manera de un expresionismo informalista activado por formas, colores y títulos... Por si tuviera dudas, me encuentro que puedo, si no alcanzo a la escultura, quedarme con su fotografía; lo que no está mal. Porque la foto, en el sentido clásico, es para evocar. Lo que más me ha convencido de que no debo estar muy errado es que, a continuación, he podido asistir al recorrido de un laberinto por un ciego. Cosa curiosa, me parece que la creadora del vídeo ha dado en el clavo sobre todo lo que se proponía, porque si un laberinto tiene sentido es para un vidente, no para el que no sabe nunca dónde está.

Arnau Puig